

Miguel Angelo Buonarroti



<

El genio creativo de la Toscana, en donde confluyen la belleza y la expresividad, tiene su más impresionante representación en la figura de Miguel Ángel Buonarroti. Su personalidad llena de idealismo y rebeldía, es la de uno de los genios máximos de toda la Historia. Su obra es variada y compleja, desde poesía hasta arquitectura o pintura; pero sobre todo, escultura. Toda su vida transcurre en un ardiente misticismo platónico tras la busca de la *idea de la Belleza*. Absolutamente inconformista, no le gusta ni Leonardo ni Rafael, ni tampoco Bramante; pero, desde luego, tampoco su propia obra. Utiliza, casi siempre, el blanco y compacto mármol de Carrara, por estimar que este noble material es el más adecuado para acercarse a la Belleza.



Con frecuencia suele confundirse «gran

tamaño» con «grandiosidad», cuando, en realidad, ésta no tiene nada que ver con las dimensiones físicas y sí mucho con las espirituales. Las figuras de Miguel Ángel son siempre grandiosas, verdaderos titanes; son el arquetipo del hombre, y el tratamiento de la anatomía sólo es un camino, un pretexto, para lograr el ideal buscado. En sus esculturas trasciende una irreprimible vitalidad contenida que es más de dioses que de hombres.

Un ejemplo de esto es su *Moisés*.

Nacido en Florencia, realiza sus primeras obras bajo la protección de los Médici. Esta primera parte de su obra es aún clásica, inspirada directamente en los mármoles antiguos que adornaban el jardín de sus mecenas. De este tiempo es la *Batalla de los Centauros* y la *Virgen de la Escalera*. Marcha a Roma, donde esculpe su primera *Piedad* la de San Pedro del Vaticano.

Pero la obra más significativa de este momento es su *David* (hoy en Florencia). De tamaño mayor que el natural es impresionante en su grandiosidad; la postura es helénica, pero en las manos dobladas y en el gesto

terrible nos comunica la tensión espiritual que ardía en el corazón del artista.

En los últimos años de su vida, su espiritualidad le lleva a verdaderos arrebatos religiosos y se siente atraído por el tema de la Piedad, que ya había trabajado en su juventud. Las de ahora son dramáticas, y vamos asistiendo a un proceso de mayor intensidad dolorosa en la cronología de los sucesivos grupos. El último, la *Piedad de Rondanini*, nos muestra la terrible soledad dramática de la Madre y el Hijo, indisolublemente unidos.

Con Miguel Ángel, el equilibrio entre forma bella y movimiento expresivo, propio del Quattrocento, alcanza en la escultura su más alta expresión histórica, pero con él este equilibrio se romperá en favor del movimiento.



El David (de miguel Angel)



El David es la obra en que se exhibe de manera más clara el genio escultórico de Miguel Ángel. En la actualidad se encuentra en la Tribuna construida para alojarlo por el arquitecto Emilio de Fabris en la Galería de la Academia de Florencia, pero hasta 1873 estuvo situado delanza del Palazzo Vecchio, en la Plaza de la Signoria, en el lugar en que hoy está emplazada una copia. Para Florencia el David constituye un símbolo del poder de sus familias y de su comuna, y el visitante de nuestros días, aparte de poder admirar el original, perfectamente conservado, en la solemne tribuna, con un espacio y un sistema de iluminación que resalta su grandeza.

La escultura fue comenzada cuando el artista tenía 26 años, en 1501, es por tanto una obra juvenil y terminada en 1504. Tras una estancia de cinco años en Roma, donde ha esculpido su maravillosa *Pietá* del Vaticano.



El primer problema que el encargo le plantea es el tamaño. El escultor se inclinaba hacia las figuras colosales, con mayor motivo en este caso, una estatua que se desea símbolo de una ciudad y que ha de situarse en un pedestal en sitio público, requería un bloque de mármol de proporciones enormes. En esta ocasión disponía de un magnífico bloque de mármol que se encontraba a medio desbastar en el patio de obras de la catedral desde hacía cuarenta años, cuando el gremio de tejedores de lana había encargado una estatua de profeta, que un escultor no había sido capaz de cumplir. Su forma alargada y estrecha le obliga a hacer una obra casi plana, en la que no puede permitirse ninguna contorsión. El David está concebido como la figura de un relieve, la sabiduría del escultor radica en haber sabido concentrar en una figura sin formas centrífugas, de miembros que se contienen en torno al tronco, toda la tensión dinámica de un cuerpo vigoroso.

El enorme atleta desnudo rompe además con la iconografía tradicional, en la que se representaba a David como una figura pequeña, con frecuencia todavía adolescente. Podemos apreciar en ésta escultura, los rasgos miguelangelescos:

La *terribilitá* el carácter terrible, amenazador, de sus gigantes que adoptan gestos dramáticos.

La figura de casi cuatro metros y medio de altura está en tensión, la pierna derecha en que se apoya, el pie izquierdo que se aleja, la mano con la honda, el codo doblado, el cuello que gira... ni un solo miembro se encuentra distendido o estático; no obstante se rompe cualquier sensación simétrica (equilibradora) con una mayor tensión del brazo y pierna izquierda.

El movimiento contenido, centrípeto, con líneas de fuerza que retornan hacia el bloque, a diferencia del movimiento centrífugo del barroco, de miembros que se dispersan, es evidente sobre todo en las manos, una casi unida al hombro, otra apoyada en el muslo.

La cabeza, nos permite percibir la pasión del rostro, con su intensa sensación de vida interior, de figura que respira, casi jadeante, a la expectativa de un acontecimiento culminante. Es la misma expresión fuerte, patética, del *Moisés*, del *Esclavo*, del *Penseroso*...

La perfección anatómica de los miembros retrata uno de los modelos ideales del cuerpo humano.

Se ha considerado el *David* como un símbolo de la libertad.